

LOS NUEVOS DOMINIOS
DE LA CIENCIA ECONÓMICA*

JESÚS ANTONIO BEJARANO†**

Hace algo más de diez años, siendo Decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional, tuve el honor de ser el primer expositor en el primer congreso de estudiantes de economía del país. Once años después, recaer de nuevo en mí ese honor, y por ello debo expresar mi gratitud a los estudiantes organizadores de este evento. Entre aquel primer congreso y éste se transformó no sólo el panorama del quehacer profesional sino también el panorama global de la ciencia económica, y creo que en forma radical. En poco más de veinte años, desde comienzos de los años setenta, se abrieron nuevos rumbos que, sin duda, quienes hoy son estudiantes seguirán en el futuro.

Esos nuevos rumbos son, en gran medida, respuestas a problemas de la teoría que se suelen manifestar en la enseñanza, en el aprendizaje, en una cierta incapacidad de la teoría para dilucidar los problemas reales, para dar respuestas a distintos problemas del mundo de hoy frente a los cuales las teorías actuales no tienen mayor capacidad de resolución. En esa perspectiva de los nuevos rumbos quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones sobre los recién-

* Versión editada de la transcripción de la conferencia que el profesor Bejarano dictó en el XI Congreso de Estudiantes de Economía realizado en Tunja, Colombia, 19 al 22 de septiembre de 1996. *Problemas del Desarrollo* agradece al profesor José Félix Cataño, director del Departamento de Teoría y Política Económica de la Universidad Nacional de Colombia, y editor de la revista *Cuadernos de Economía*, por su autorización para reproducir este artículo publicado en *Cuadernos de Economía*, vol. XVIII, núm. 31, segundo semestre de 1999, pp. 77-91.

** Destacado economista colombiano asesinado el 15 de septiembre de 1999 en de las instalaciones de la Universidad Nacional de Colombia en Bogotá. Ver semblanza en este mismo número de *Problemas del Desarrollo*, en la sección "Información", pp. 187-190.

tes dominios de la teoría económica. Como es un tema complejo, tengo apenas la pretensión de proponer una cartografía, una suerte de mapa que apenas señale las grandes vías, eventualmente, los caminos secundarios, los cruces de caminos, los escollos que pueden identificarse en los nuevos dominios de la ciencia económica. Como mapa que es, no me voy a detener en los detalles, en el esplendor del paisaje, en el verdor de la comarca, ni en los frecuentes terrenos estériles que la teoría de hoy pretende dejar atrás. Me limito a trazar grandes líneas sólo con el propósito de mostrar cuáles son las avenidas, dónde es que estamos atascados o desde dónde pueden divisarse aquellos aspectos que pueden ser promisorios en un futuro inmediato, hacia dónde se está orientando la disciplina. Antes debo hacer dos advertencias: la primera, que el propósito de este ejercicio cartográfico busca proporcionar a los profesores y estudiantes elementos para un debate, que está o debería estar en marcha en las facultades, sobre lo que se debe enseñar, investigar y reflexionar, en materia de teoría.

Por ello, me centraré específicamente en el núcleo de la teoría económica, es decir, la macroeconomía y la microeconomía, que representan el nivel superior de la elaboración analítica de la disciplina. Cada ciencia, en efecto, tiene un núcleo y una periferia cercana o lejana, y se estará cada vez más lejos del núcleo cuanto menos se necesite de sus conocimientos para poder examinar un problema; así el primer nivel estaría en la microeconomía y la macroeconomía, el segundo nivel estaría en la teoría monetaria, en la teoría de comercio internacional; en la teoría aplicada a la política económica. El tercer nivel en la teoría del desarrollo, y el cuarto nivel es un amplio campo donde pudiera encontrarse por ejemplo la historia económica. Así nos vamos moviendo cada vez más hacia la periferia lejana en la medida en que necesitamos cada vez menos los elementos del núcleo para poder explicar un problema. Por lo demás, al hablar de los dominios de la ciencia económica me reduzco a la microeconomía y la macroeconomía por razones de método, no porque no interesen las otras áreas sino porque lo que está ocurriendo en la micro y en la macro es decisivo para configurar el conjunto de la ciencia económica.

La segunda advertencia con respecto a esos nuevos dominios es que me referiré a la disciplina y no a la profesión. Es evidente que la mayoría de ustedes tienen inquietudes sobre el tipo de información que se necesita para el ejercicio profesional, ello requiere además del conocimiento del núcleo y de algunas materias periféricas típicas, de materias auxiliares e instrumentales. Pero en todo caso es necesario privilegiar la estructura intelectual de la disciplina, es decir, su núcleo como condición inexcusable para poder ejercer la profesión.

Así pues, una vez diferenciado el núcleo de la periferia, me voy a referir en primer término al núcleo típico micro-macro, y cuando diga teoría económica se entenderá que estoy refiriéndome a esos dos niveles. En segundo lugar, por economía se entenderá la ciencia y no la profesión; aunque entiendo que hay dificultades en la formación profesional, a mí me interesa compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la ciencia como tal.

Cuando extendemos un mapa, lo primero que se debe hacer es fijar la localización del observador, para poder luego visualizar la orientación y las distintas direcciones posibles del recorrido; la manera como nos vamos a mover en ese mapa. Así pretendo seleccionar un punto de partida del recorrido y luego juzgar hasta dónde hemos evolucionado en determinada dirección. Permítanme proponer como punto de partida lo que me enseñaron cuando estudié economía. Hay que decir que casi todos los profesores hemos aprendido dos o tres veces. Quienes se van a dedicar a la ciencia y a la academia van a tener que aprender dos o tres veces en el curso de su vida porque las ciencias se van renovando y la ciencia que hoy tenemos es en gran medida distinta de la que nos enseñaron en un comienzo. También es cierto que hay profesores que no se renuevan y terminan enseñando lo que a ellos les enseñaron, que no aprenden por segunda vez y menos por tercera vez, y eso afecta de alguna forma la formación intelectual de la disciplina.

El punto de partida, es pues, lo que nos enseñaron a un grupo de profesores a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, enseñanza que resumo en un cierto conjunto de proposiciones o en el lenguaje de Karl Popper, en un cierto conjunto de aserciones básicas.

La primera es que la economía es la ciencia que estudia la asignación de recursos escasos a fines ilimitados; por lo tanto, el propósito del análisis económico se reduce al significado de cuatro palabras: escasez, maximización, eficiencia, asignación. Parodiando a Samuelson, basta con que se le enseñe a alguien el significado de estas cuatro palabras y cierta habilidad para combinarlas y helo aquí convertido en economista. En definitiva, pues, la economía es la ciencia de la escasez y de la asignación generalizada de recursos.

La segunda proposición que me enseñaron es que la economía se divide en macroeconomía y microeconomía, que la microeconomía se ocupaba del estudio de los agentes considerados individualmente, y la macroeconomía se encargaba de los agregados y del nivel de actividad económica; añádase a eso un punto muy importante: que el enlace entre la microeconomía y la macroeconomía es un problema de agregación, más precisamente, concierne a la definición de unos procedimientos de agregación.

La tercera proposición que me enseñaron —relacionada con la anterior— es que las incompatibilidades entre la microeconomía —el nivel individual— y la macroeconomía —el nivel agregado— se solucionaban mediante un mecanismo de transición (la llamada síntesis neoclásico-keynesiana) que no es más que el famoso keynesianismo hidráulico del esquema IS-LM que la mayoría de estudiantes de macroeconomía ha tenido que aprender, de suerte que no hay mayores dificultades entre compatibilizar decisiones individuales y comportamientos agregados si se usaba el esquema IS-LM y se adoptaban ciertos supuestos de flexibilidad o rigidez en ciertas variables o ciertos precios macroeconómicos, particularmente en lo que tiene que ver con salarios.

Finalmente, la cuarta proposición se refiere a que como hay desequilibrios —en el proceso de asignación o en el comportamiento del nivel de actividad económica— se dispone de la política macroeconómica para resolver los desarreglos que se generan en cualquier desequilibrio macroeconómico, de suerte que la intervención del Estado se orientaba a promover el crecimiento, a asegurar la equidad distributiva y la estabilidad macroeconómica corrigiendo los desequilibrios.

En definitiva, un economista sabía tres grandes cosas: 1) el llamado programa walrasiano, que se desarrolló con fuerza entre 1930 y 1960, concentrado fundamentalmente en el problema de la asignación general de recursos y en el equilibrio general, es decir, la microeconomía; 2) el consenso keynesiano o consenso macroeconómico (versión IS-LM); 3) que la política económica tenía capacidad para resolver los problemas de desequilibrio macroeconómico o de corregir los resultados distributivos de la actividad económica. Lo que ha venido ocurriendo desde comienzos de los años setenta es que ese panorama —el programa walrasiano, el consenso macroeconómico y la confianza en la política macroeconómica— ha venido haciendo agua y, en consecuencia, el programa intelectual de la economía se ha ido abajo, sin que sepamos bien hacia dónde estamos apuntando.

Ese conjunto de proposiciones que aprendimos, y que tal vez aún se esté enseñando, ese programa que constituía el núcleo de la ciencia económica, se resolvía por otra parte, en unas ciertas características del quehacer académico normal que conviene resumir.

1. Cuando el núcleo se concentra en “lo económico, entendido como los fenómenos del mercado” y tiene como objetivo la búsqueda del equilibrio general y la asignación generalizada de recursos, no sólo es intencional sino que resulta inevitable que la economía acabe siendo una ciencia formalizada. En realidad el llamado programa walrasiano lleva aparejada la idea de que la economía

debe parecerse más a la física que a cualquier otra ciencia. De hecho la estructura intelectual de la microeconomía no es otra cosa que una réplica de la estructura de la física, al menos en el sentido en que Newton concebía las leyes del orden del universo.

Hay suficiente literatura que muestra que la manera como la economía se va construyendo con miras a demostrar la existencia del equilibrio general, no es más que la justificación intelectual de un universo económico que funciona como las leyes del universo tal como las describía Newton, es decir, armoniosamente, regularmente, sin contradicciones y sin conflictos. Ese es el llamado paradigma neoclásico. En ese sentido, hay cierto consenso de que hubo, especialmente de los años treinta en adelante y hasta hoy, una tendencia a la formalización y la “fiscalización” de la economía en el sentido de la pretensión de que la economía imite a la física.

La consecuencia de esa pretensión es el abuso de los modelos formales, el abuso de las matemáticas, la exageración de la capacidad analítica de las matemáticas para explicar los fenómenos económicos. En realidad, el programa walrasiano y su correlato: el proceso de formalización y fiscalización, nos llevó a la presunción de que resolviendo problemas matemáticos estábamos resolviendo problemas económicos, por lo que terminamos en una gran equivocación. Lo que han venido haciendo los economistas matemáticos en los últimos cuarenta años no son soluciones a problemas económicos sino a problemas matemáticos, es decir, a problemas provistos por la lógica de la estructura matemática y no problemas de la economía. Volveré sobre este punto más adelante.

2. El programa walrasiano-keynesiano configuró una ciencia económica que además de ser formal y matematizada es una ciencia apolítica, es decir, el individualismo metodológico del programa walrasiano y la proposición positivista de la teoría económica terminaron por expulsar la política de la economía desde el punto de vista del núcleo y fue incapaz de tender un puente, desde el punto de vista práctico, al proceso político.

Uno de los grandes defectos de la ciencia económica es que a pesar de que en gran parte de los procesos sobre los que actuamos comprometen procesos de decisiones políticas, el análisis económico no sabe bien cómo involucrar la política en la economía, particularmente en lo que tiene que ver con decisiones macroeconómicas que no son simplemente técnicas. Después voy a señalar cómo uno de los grandes cambios en la economía es la reconexión entre economía y política.

3. En la medida en que la teoría microeconómica y el programa walrasiano concentraron su atención en la asignación generalizada de recursos y no específicamente en los problemas del intercambio, resultó en una economía ainstitucional (tomo la expresión de D. North, Premio Nobel 1993), es decir, construimos una teoría de los mercados en la que no aparecen las instituciones de mercado por ninguna parte en las soluciones concretas del intercambio.

4. Finalmente, terminamos con una economía amoral, no en el sentido de inmoral sino en el sentido de que la economía es incapaz de proporcionar un marco ético basado en conceptos de interés común, de interés público, derivados de la propia teoría económica, y no de criterios políticos e ideológicos. Se puede afirmar, en términos generales, que el programa walrasiano se resuelve en una economía formal y matematizada, desde el punto de vista del método, y en una economía apolítica, ainstitucional y amoral, desde el punto de vista del contenido sustantivo. Utilizo la palabra amoral, repito, en tanto no tenemos, desde el punto de vista de la economía, una definición sobre el bien común o el interés común que examine las decisiones de la colectividad. Sin embargo, actuamos todo el tiempo en un terreno de decisiones colectivas en el orden macroeconómico, sin saber qué es el bienestar de la comunidad, apoyados en una noción arbitraria del interés público.

Este panorama del contenido de la teoría y de sus consecuencias intelectuales tenía que acabar, tarde o temprano, en una crisis profunda. Aquí no puedo tratar a fondo las condiciones y las características de la crisis de la teoría económica. Basta mencionar que pese al escepticismo de quienes se niegan a aceptar la profundidad de la crisis, los miembros más importantes de la profesión aportan suficientes evidencias de esa crisis y de su magnitud. Leonief, por ejemplo, a partir de un censo de los artículos de *American Economic Review* demostró que el 50 por ciento de la investigación económica es teoría sin datos y el otro 50 por ciento, datos sin teoría; eso es lo que hacemos, porque no hemos encontrado una manera de conectar la realidad con la teoría. El Premio Nobel de 1986, James Buchanan, planteó en su discurso de recepción del Premio Nobel que tenemos que abandonar la economía como el simple estudio del método de asignación de recursos para concentrarnos en los procesos de intercambio, en la catalaxia, puesto que el programa walrasiano agotó sus posibilidades. Amartya Sen, el más importante teórico de la distribución, ha llamado la atención sobre los abusos de las matemáticas y ha advertido que su utilización formalista está limitando el conocimiento económico. Ronald Coase, Premio Nobel de 1991, advierte enfáticamente contra el equivocado enfoque de la microeconomía. Podría seguir citando otros ejemplos, pues en la lite-

ratura abundan este tipo de opiniones. Pero lo que aquí me interesa es señalar que no es que algunos nos estemos inventando una crisis, sino que hay una crisis real, y que así lo aceptan los miembros más prominentes de la profesión. Basta repasar los artículos del libro de Daniel Bell e Irvin Kristol, el viejo libro que la señora Robinson escribió por allá en los años setenta o, el más reciente de Lester Thurow, *Corrientes peligrosas*, que no dicen nada distinto de lo que ustedes dicen cada vez que salen de una clase de microeconomía.

Primero, la teoría económica que tenemos no es realista; se concentra en problemas lógicos derivados de una estructura axiomática que nada tiene que ver con la realidad, así algunos profesores sigan insistiendo en que para acercarse a ella basta manipular supuestos. La falta de realismo de la teoría es hoy reconocida universalmente. Más aún, desde las grandes polémicas de los años cincuenta y sesenta, se admite que las tipificaciones de los mercados, las empresas, los consumidores, que describen los libros de texto, no son descripciones realistas sino meras ficciones, si ustedes quieren metodológicas, construcciones analíticas que se necesitan para explicar la asignación de recursos y el equilibrio general, pero que nada aportan a la comprensión de cómo funciona realmente el mundo.

En segundo lugar, es una teoría que además de no ser realista tampoco es pertinente, en el sentido de que para los grandes problemas que enfrenta la economía de hoy, no hay una explicación satisfactoria: por ejemplo, apenas estamos dando los primeros balbuceos para incorporar la economía ambiental, apenas atisbamos una teoría coherente sobre las fallas de mercado o sobre los bienes públicos. En definitiva, para los grandes problemas del mundo actual, la teoría que tenemos —aun si fuera realista— no es útil para resolver los problemas principales aunque, por supuesto, sirve para abordar algunos problemas pequeños.

Por último, es una teoría irrelevante —para usar una expresión de la señora Robinson— en tanto la teoría disponible se ocupa del 5 por ciento de la realidad mientras que carecemos de teoría para el 95 por ciento restante; por ejemplo, todo el proceso de asignación de recursos es un proceso que descansa en el supuesto de competencia perfecta, pero resulta que —como también se ha mostrado suficientemente— apenas el 5 por ciento de las actividades normales de la economía se realiza en condiciones de competencia y el 95 por ciento no. Y parece imposible elaborar una teoría de la asignación de recursos en condiciones no competitivas. De igual modo, es difícil aplicar la teoría de la productividad marginal a una economía en la que predomina el sector terciario.

Hay que subrayar, por un lado, la crisis del programa walrasiano, y por otro, que el mismo Buchanan no sólo aconseja abandonar ese programa que pretende explicar el proceso de asignación general de los recursos de la economía sino que la teoría económica se debe reorientar al estudio del mundo real del intercambio y de las condiciones reales en que éstos ocurren. Es obvio que esa propuesta constituye una ruptura radical con el paradigma neoclásico.

Además, como saben, los hechos de los años setenta rompieron el consenso macroeconómico. Aquí basta recordar la polémica sobre la curva de Phillips y otros debates en torno a la macroeconomía que, en esencia, revelaron dos cosas; primera, que las causalidades en macroeconomía no sirven. Son —como dijo Hayek— ficciones entre agregados, porque las causalidades están en las conductas de los agentes y, segunda, que eso significa que no sabemos cómo fundamentar microeconómicamente el comportamiento de las variables macroeconómicas o las causalidades macroeconómicas. Esa fue la gran revolución de los años setenta y ochenta, y derrumbó el consenso fundado en la economía hidráulica keynesiana.

¿Hacia dónde apunta la reconstrucción de la economía? ¿Es una reconstrucción sistemática o una explosión inconexa de temas y teorías? Me parece, y así le parece a muchos, que lo que está ocurriendo en la teoría no es otra cosa que un primer intento de reconstruir los fundamentos de la ciencia económica como tal, y no simplemente el surgimiento de temas nuevos pero inconexos. La *public choice* o la economía institucional son intentos de respuesta a la crisis, de reconstruir la teoría, y se deben considerar en esa perspectiva, no simplemente como problemas para un seminario electivo. Se trata de algo más profundo: de la búsqueda de una teoría que tenga más sustancia, aunque se sacrifique un poco de la elegancia formal, que se conecte de manera más evidente con la realidad sin tener que apelar a malabares teóricos o a malabares lógicos para postular conexiones inexistentes. El proceso de reconstrucción de la economía parece tener tres líneas de desarrollo, el imperialismo de la ciencia económica, la reconstrucción macroeconómica y la economía institucional.

En primer lugar, hay una especie de reconocimiento de que la teoría económica es una especie de “caja de herramientas” —la expresión también es de Joan Robinson— listas para que el analista las use a su discreción. Ésa es una versión que ha dado lugar al fenómeno denominado “imperialismo de la ciencia económica”, que consiste en concebir a la economía como una caja de herramientas —cuyo contenido esencial es la racionalidad y el análisis costo-beneficio— con las que uno puede ir a desvarar a otros, por decirlo así. Gary Becker, Premio Nobel de 1992, amparado en la teoría de la racionalidad, va con su

cajita de herramientas donde los abogados y elabora una teoría económica del crimen, va donde los sociólogos y elabora una teoría económica de la familia; otros, como Downs, elaboran una teoría económica de la democracia y así sucesivamente. Se trata, simplemente, de sacar las herramientas de la cajita y aplicarlas a diversas actividades para proporcionar “microfundamentos” a diversos tipos de decisiones. De todos modos, esa tendencia imperialista de la economía no deja de ser molesta para los científicos sociales, porque se ha inmiscuido en la política, la sociología, el derecho, etc. Sea como sea, esa tendencia es importante, no tanto en la teoría pura sino en la colonización de otros territorios, aunque como dijo Amartya Sen, es una tendencia muy curiosa porque es como si Alejandro de Macedonia tratara de colonizar Persia dejando a Macedonia en un despelote; nuestro problema es lo que ocurre en Macedonia y no la conquista de Persia; me parece que para algunos científicos puede ser legítimo explorar otras disciplinas con nuestras herramientas, pero eso no excusa que en nuestra propia casa haya tan considerable desorden, y que debemos corregirlo.

La segunda tendencia apunta a la necesidad de reestudiar la macroeconomía para poder reconstruirla. La distancia que hay entre la macroeconomía de los años setenta y la macroeconomía de hoy obliga a que los profesores de macroeconomía que la aprendimos en esa época tengamos que reaprenderla porque la que aprendimos es completamente distinta de la que hoy se debe enseñar.

La tercera tendencia es la introducción del institucionalismo en la economía que, junto con la reconstrucción de la macroeconomía, representan las dos grandes líneas de renovación y de superación de la crisis de la teoría económica.

En cuanto a la reconstrucción de la macroeconomía, ya señalé el fracaso de las causalidades entre agregados y la debilidad —o inexistencia— de los microfundamentos. Digamos, para empezar, que en la relación micro-macro ya no se mantiene la perspectiva de la agregación; el punto de partida es la existencia de sistemas coordinados o de sistemas descoordinados. No voy a detenerme en cuáles son las novedades en la relación micro-macro. Basta recordar que eso de que la micro se va agregando hasta llegar a la macroeconomía es una versión que se puede mandar al baúl de los recuerdos. La macroeconomía no es simplemente el análisis agregado de la actividad económica. Es necesario señalar que cuando los economistas hablan de un mundo walrasiano están hablando de un sistema coordinado, mientras que en macroeconomía se refieren a un sistema descoordinado, o en otras palabras, a sistemas en equilibrio o a sistemas en desequilibrio. El enlace entre microeconomía y macroeconomía no

está en la agregación sino en la teoría de las fallas de mercado. Ésa es la dirección esencial en que han venido desarrollando las nuevas tendencias de la macroeconomía, que se pueden resumir en tres vertientes bien conocidas: las versiones de la macroeconomía del desequilibrio, la reconstrucción neoclásica y una nueva versión que tiene en cuenta la reconstrucción neokeynesiana.

Así, pues, ya no hablamos, en términos simplistas, de microeconomía y macroeconomía sino del problema de los fundamentos de los sistemas coordinados y de los sistemas descoordinados. El enlace tiene que ver con las ocho o nueve fallas de mercado fácilmente identificables: externalidades, falta de información, incompletitud de mercados y otras semejantes que ustedes pueden consultar fácilmente.

Otra línea de reconstrucción se refiere a la eficacia de las políticas económicas y, por supuesto, ésta remite a la gran revolución de las expectativas racionales que, en esencia, puso en cuestión la capacidad de la política económica para resolver los problemas de los desequilibrios macroeconómicos.

Es necesaria, sin embargo, una anotación: aún no tenemos claro el nexo entre las tendencias de reconstrucción macroeconómica y las decisiones de política económica. La verdad es que quienes toman decisiones de política lo siguen haciendo con la macroeconomía del final de la década de los sesenta, porque la nueva economía aún no ha podido avanzar suficientemente en el diseño de nuevos instrumentos de política económica capaces de sustituir a los instrumentos de la vieja macroeconomía. Por esa razón, quizá Lawrence Klein esté en lo cierto cuando afirma que para tomar decisiones de política económica se necesita apenas un conocimiento de quinto semestre, cuando ya se ha enseñado la vieja macroeconomía. Es de esperar que los nuevos desarrollos conduzcan al diseño de un nuevo instrumental que permita manejar de manera más eficaz la política económica.

Otro aspecto, que me parece mucho más importante porque orienta el futuro de la ciencia económica, tiene que ver con lo que se denomina economía institucional. Este campo constituye una real apertura de la economía a las ciencias sociales, a la política, al derecho, a la ética, etc. Antes de resumir sus principales implicaciones, creo necesario señalar que no se trata de un fenómeno circunstancial que los profesores enseñamos como materia opcional en seminarios especializados para los estudiantes que gustan de esos temas. Se trata, en mi opinión, de una reconsideración del núcleo mismo de la teoría económica y de un serio esfuerzo por reconstruirlo. Autores como Herbet Simon (Premio Nobel 1978), James Buchanan (Premio Nobel 1986), Ronald Coase (Premio Nobel 1991), Douglas North (Premio Nobel 1993), e incluso Gary Becker

(Premio Nobel 1992) realizan esfuerzos en este sentido, lo que indica que la ciencia económica se está transformando por ese camino y que no se trata de encontrar temas para hacer seminarios de noveno semestre, sino de que los núcleos académicos importantes de la profesión ya no están únicamente en los departamentos de economía sino que, al igual que en otras ciencias sociales, existe un proceso de apertura e hibridación con otros campos, pues el programa walrasiano ya se agotó. En su discurso de recepción del Premio Nobel de 1991, Coase dijo que no era economista ni había andado de la mano de los economistas; pese a ello, recibió el Premio Nobel de Economía. Buchanan trabaja en un departamento distinto al de economía, en la Universidad de Virginia, y se pueden encontrar muchos otros ejemplos.

De manera que lo que está ocurriendo con la economía institucional no es una moda sino, como trataré de mostrar rápidamente, algo más profundo, a lo que lamentablemente no hemos prestado suficiente atención, pese a que los premios Nobel se están ganando por ese tipo de análisis. Mientras tanto, el cuerpo de académicos y profesores de economía, por lo menos en Colombia, está dedicado al viejo formalismo de los años sesenta y setenta.

Debo insistir en que algunos de los pensadores que acabo de mencionar no son economistas matemáticos. Buchanan recomienda que abandonemos esa pretensión cientifista. Coase reconoce, en su discurso del Premio Nobel, que él es uno de aquellos economistas que se preocupan de la economía en prosa. North es esencialmente un historiador; ejemplos que confirman que hoy no sólo está ocurriendo una revolución de contenido sino el abandono de los formalismos inútiles para resolver al menos un problema importante de la realidad económica.

La economía institucional parte de una diferencia pequeña pero decisiva, cuyas implicaciones no se habían advertido plenamente, pese a su obviedad: que cuando usamos el término mercado, en realidad hacemos referencia al menos a dos cosas distintas o incompatibles: a) el mercado se puede entender como un mecanismo de asignación de recursos, tal como lo concibió la economía neoclásica, y los precios como señales de asignación; de esta forma, el mercado es un organizador de la actividad económica, la mano invisible que produce el orden en las sociedades económicas. Así lo concibió el mercado la economía clásica, y así lo entendió Walras (aunque no Marshall); b) pero el mercado es también otra cosa: un conjunto de reglas, procedimientos, mecanismos, condiciones y lugares a través de los cuales se intercambian bienes reales, servicios, derechos, propiedades; en dos palabras, es el ordenamiento institucio-

nal —reglas, leyes, empresas, lugares— a través del cual se realizan los intercambios. El mercado no es, pues, sólo un mecanismo de coordinación del sistema económico; es también una institución para el intercambio.

Es necesario destacar las implicaciones de esa diferencia. Cuando se habla del mercado como mecanismo de asignación de recursos es suficiente, como microfundamento, una teoría de la elección que, como ya advertí, se resume en: escasez, maximización, eficiencia, asignación y una teoría de la racionalidad, es decir, de elecciones basadas en una estructura de preferencias y, en definitiva, de agentes “construidos” como tipos ideales que intentan optimizar (consumidores, empresas típicas); que es más o menos la microeconomía estándar que se enseña normalmente. En cambio, si el mercado se concibe como una institución de intercambio, lo que importa son las características y condiciones concretas del intercambio (las transferencias de derechos de propiedad de los bienes, los contratos, las organizaciones empresariales, etc.). Por ejemplo, cuando compro un carro hay un intercambio, donde también cambio dinero por papeles; así, la estructura de la economía real se compone del establecimiento de garantías para los intercambios, de la creación de mecanismos para efectuarlos, de evaluaciones para comprometerse en los intercambios, entre otros. Estamos, pues, hablando de ordenamientos legales, de derecho de propiedad, de costos de transacción, de información para hacer transacciones.

En resumen, la concepción del mercado como institución supone nada más ni nada menos, que una reconstrucción de la microeconomía, preocupada ya no en imaginar agentes ideales que asignen eficientemente los recursos sino en comprender las condiciones reales en las que el mundo real de los mercados y los intercambios operan realmente.

¿Cuáles son las implicaciones de esa nueva economía institucional? Destaco apenas tres implicaciones de fondo. La primera es que ya no se habla de una economía ainstitucional ni apolítica. La teoría de los últimos quince años asigna a las instituciones un papel decisivo en el comportamiento económico: las instituciones políticas se usan para explicar la estabilidad económica; las instituciones de propiedad para explicar el crecimiento económico; consideremos, por ejemplo, que el 75 o el 80 por ciento de la actividad económica real lo que hace es asegurar los intercambios: policía, abogados, jueces, compañías de seguros, la Bolsa; es decir, todo lo que tenemos en el sector servicios funciona para posibilitar los intercambios y no para la asignación generalizada de recursos; de modo que necesitamos una microeconomía que nos permita explicar qué pasa con el 80 por ciento de la actividad económica de servicios, por ejemplo. Esa microeconomía se está construyendo.

La segunda se refiere a la racionalidad; los marxistas analíticos (Elster, por ejemplo, que por lo que veo no se lee en Colombia) están reconstruyendo la teoría de la racionalidad y la de las condiciones e implicaciones de la información sobre la racionalidad, y, fundamentalmente, están estableciendo o restableciendo los nexos —omitidos o suprimidos por el programa walrasiano— entre la economía y la política. Considero que ése es un tema absolutamente decisivo. El hecho es que con neoliberalismo o sin neoliberalismo, los Estados deciden una parte fundamental de la actividad económica, del gasto público, de la actividad privada, etc., y todo ello —como señalé al comienzo— requiere de una noción de interés común, de interés público, que no sabemos articular desde el punto de vista económico. ¿Qué es el interés público? ¿Quién lo decide? ¿Cuál es el proceso que nos lleva a agregar las preferencias individuales hasta obtener una función de bienestar colectivo? Éste es el tema del famoso teorema de la imposibilidad de Arrow, un tema de enorme importancia que concierne a toda la actividad del sector público.

Parece surgir entonces una nueva rama —no sé si ubicada en la macroeconomía— que una la economía y la política de una manera más eficiente alrededor de bienes, intereses y decisiones públicas. Porque en últimas, las decisiones macroeconómicas que toma el Estado en materia económica son autoritarias o son democráticas, y si son democráticas debe existir un proceso político que las legitime y que exprese, como proceso político que es, que lo que hace el gobierno es efectivamente lo que los ciudadanos quieren o, al menos, lo que les conviene. Los economistas no podemos resolver tales cuestiones sin resolver el problema político de los bienes públicos.

Una segunda área que me gustaría mencionar es la de las fallas del Estado. Disponemos de una teoría promisoría —no sé si coherente— sobre las fallas del mercado. Cuando apelamos a las fallas del mercado, deducimos que el Estado debe intervenir, pero cuando lo hace, produce a veces efectos indeseables o genera intervenciones inconsistentes o inconvenientes; es decir, el Estado también falla y no tenemos una teoría de las fallas del Estado ni siquiera cercana a la de las fallas del mercado. De nuevo, ése no es tan sólo un problema de las organizaciones del Estado sino un problema que entraña la combinación de la economía y la política. Buchanan, Coase, North y otros premios Nobel estarían de acuerdo en que el problema de las fallas del Estado —fallas de organización tanto como de comportamiento— es un problema central, que el Estado continuará interviniendo con o sin neoliberalismo, pero, en todo caso, no tenemos una teoría que explique en qué condiciones falla el Estado; en qué condiciones fallan las instituciones y las organizaciones del Estado; cómo

intervienen los procesos políticos y las relaciones de poder en las decisiones económicas del Estado; qué papel juegan los burócratas, si maximizan su propio bienestar, su propio interés o un interés público que no sabemos definir; y menos cómo se relacionan los técnicos y los políticos en la nueva economía política. Esas son las cuestiones que suscita la teoría de las fallas de mercado y su correlato, la ausencia de una teoría de las fallas del Estado.

También tenemos el problema de las reglas de decisión del Estado, es decir, la llamada “economía Constitucional” que, a través de los desarrollos de la *public choice* y del cálculo del consenso, básicamente trata de establecer las reglas lógicas mediante las que los ciudadanos adoptan las reglas del juego para poder decidir colectivamente. Esto no concierne solamente a la política sino, ante todo, a los nexos entre la economía y la política. Aunque algunos consideren que se trata de una expresión más del “imperialismo de la ciencia económica”, es decir, de proporcionar microfundamentos económicos a la ciencia política.

Podría mencionar otros temas menores, pero quiero terminar con una última reflexión. He señalado tres grandes conclusiones acerca de lo que está ocurriendo en la economía: el fracaso del formalismo, el fracaso de la economía matemática y el fracaso del programa walrasiano; cuestiones estrechamente relacionadas. Debiera llamar la atención a que no le busquemos pretexto a lo que no lo tiene, el fracaso no puede ocultarse con el argumento de que la matemática es sólo un lenguaje. No estoy sugiriendo que se renuncie a los métodos cuantitativos. A lo que quiero aludir es a ese procedimiento de axiomatización matemática según el cual se nos hace creer que la certeza de un procedimiento matemático equivale a una verdad económica. Creo que ni siquiera los matemáticos aceptarían una cosa así. No debemos confundir las conclusiones que se derivan de una estructura axiomática, es decir, las verdades matemáticas con las demostraciones económicas. Ese es el punto central. Para ponerlo en otros términos, la pretensión de la economía de ser una “ciencia dura” que puede usar el criterio matemático como criterio demostrativo, supone la correspondencia entre la estructura matemática y el orden de la realidad, como en general ocurre con la física. Esa es una pretensión totalmente infundada para la economía, que no permite usar las razones matemáticas como criterio de verdad científica.

Un segundo punto es la necesidad de abrir la economía a otras disciplinas. Lo que está ocurriendo es que las ciencias sociales se están refundiendo, se están transformando. Las viejas divisiones interdisciplinarias ya no funcionan, de manera que abrir la economía a otras disciplinas significa fundamen-

talmente abrirla al derecho, la historia, la política, no simplemente a aproximaciones disciplinarias que tampoco arreglan nada. Estoy hablando de reconstruir la economía recogiendo, por ejemplo, elementos de la teoría política o lo que están haciendo algunos teóricos en un proceso que se define como “el problema del encuadramiento”, que implica establecer correspondencias entre subsistemas —el económico y el político— o por ejemplo cómo encuadramos la teoría del liberalismo político de Rawls en los fundamentos de la teoría económica.

Por último, si queremos tener una teoría económica que tenga cierta capacidad para transformar la realidad, debemos asumir el reto de recuperar su pertinencia. Hay que desandar el camino, pues así como hemos tenido que aprender varias cosas muchas veces en nuestra vida académica, también es cierto que para poder aprender —como decía Keynes— hemos tenido que desaprender muchas otras, y quizás sea el momento de una transición en la que, por lo menos en lo que concierne a los profesores, tenemos que empezar a desaprender para poder aprender de nuevo y poder impartir un conocimiento pertinente a los estudiantes en vez de ese conocimiento carente de pertinencia con el que a veces hacemos tanto daño sin quererlo.